

Redacción: Calle del Hor-  
no de S. Miguel, petit ho-  
tel.

Administración: Calle de  
Alfonso XIII imprenta.

La Correspondencia al  
director.

No se devuelven origi-  
nales.

# LA COTORRA

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En Orihuela 1 mes—0'50 Cts.  
Fuera, trimestre. 1'50 id.  
Extranjero... no me jaga osté  
de reir que tengo er labio  
partio.

En esta redacción no se  
vende árnic, ni zaragatona,  
ni antiespasmódicos; pero los  
tenemos.

## SEMÁNARIO JOCO SERIO

### ¿SE PUEDE PASAR?

¿Eh?...

Servidora de ustedes: «La  
Cotorrita».

¿Quién me envía? ¿Qué de-  
seo? «La Cotorrita» viene por  
impulso propio á este país.  
Saltaba retozona por los labe-  
rinos de un bosque encanta-  
do,—donde diz que en otros  
tiempos tenían sus reuniones  
las hadas, magos y hechice-  
ros de la tierra—sin sospecha  
que hubiese más mundo que  
aquél paraiso en que nació...  
¡Oh qué dichosa era «La Co-  
torrita» en su inocencia!

Cierto día me habló un pa-  
pagayo de otro mundo.—¡Mi-  
ra, allá, cruzando esos mares,  
está Jauja! ¿Qué país aquél?

—¿Serán muy felices aque-  
llos mortales?

—No se decirte: sólo sé  
que allí se ofrece la dicha te-  
rrena todos los días.

¿No conoces á Maura? ¿no?...  
¡oh! ¿No has visto á Moret?  
¿no?... ¡Uf! Y en don Melquia-  
des ¿no has reparao?..... ¡cás-  
pita!...

No dejé continuar al papa-  
gayo. Aluequé el ala y sin  
abrir el pico... ¡paf!... des-  
cansé de mí viaje sobre la ve-  
leta de la torre de S. Miguel...

—¡Bello país!—me dije con-  
templando la comarca oriola-  
na—aquí deben andar las co-  
sas como una seda.

Por eso pido á ustedes alo-  
jamiento.

En cambio yó prometo á  
ustedes distraerles con mi  
chirigotero cotorreo, al menos,  
por ahora, una vez á la sema-  
na.

«La Cotorrita» con sinceri-  
dad, tal vez un poco ruda, vie-  
ne á comentar los asuntos de  
palpitante actualidad que lo  
merezcan y... ¡algunos otros,  
que al parecer, no lo merecen!

Nada de ofrecimientos pom-  
posos. LA COTORRA no viene  
á entronizarse, ni á dirigir á  
nadie con sus bromitas.

¿Quiere sacudir la cola  
contra cualquier mandarín  
que lo haga mal? Pues, ¡expres-  
iones!

¿Quiere meter el pico en ese  
trajín tan afanosamente soste-  
nido por los curanderos de la  
patria grande ó de la patria  
chica? ¡Pues mete el pico!!  
Y al que le *pique*... ¡le reco-  
mendamos un cepillo de es-  
parto!

LA COTORRA vá á cantar en  
la mano, como vulgarmente  
se dice. Dejen ustedes que pa-  
sen los primeros momentos y  
tome el hilo. El hilo es más  
largo que un día sin pan.

Pido un poquito de apoyo  
por parte de todos. Lo demás  
lo hará LA COTORRA solita.

Conque... ¿se puede pasar?  
¿Si?

Saludo á ustedes afectuosa-  
mente.

LA COTORRA.

### Los sueños de Periquín

—¡Ja... ja... ja!! ¡Ajín!  
¡Ajichis! ¡Achín!... ¡ay! ¡ay!

—¡Periquín! ¿Qué diablos  
de ruido es ese!

¿Por qué ríes á estas horas?  
No me dejas trabajar...

¡Ay, D. Tranquilino de mis  
entreforros! ¡Ay mi amo!...

¡Ay, yo pierdo la hiel!...

—¡Diantre?

—Si señor, he soñado du-  
rante la noche pasada una co-  
sa muy peliaguda... ¡me había  
metido á político; yo era una  
especie de arreglalotodo! ¡Já...  
já... já...!

—Pero, hombre, no le veo la  
gracia.

—Ni yo tampoco: por eso  
me río...

—No te comprendo...

—Verá usted: me dormí  
leyendo un semanario local  
antiguo, no se si recordará:  
«El Labrador.»

¡Ah, sí! Parece que quiero  
hacer memoria: uno que nos  
hablaba del Gran Genio Va-  
llesteril y de su corte-cola de  
lagartos, serpientes de casca-  
bel, dragones y algunos cone-  
jos.

—¡Cabal mi amo! ¡Ahí due-  
le!... Pues sí, me dormí pen-  
sando en todas aquellas cosas  
y en los sucesos políticos de  
actualidad.

He soñado, que entraba en

una ciudad grandiosa, en cuyo centro había una gran plaza. Allí me ofrecieron una tribuna donde subí. Comenzó a acudir gente:—¡Qué hable Periquín!—gritó un señor grueso.

—Que hable—contestó la multitud.

Y Periquín habló.

—¡Correligionarios—me parece que dije—¡viva la Pepa!

¡Viva la Pepáaa!

Aquello fué el delirio.

Uno del auditorio me echó dos cigarros amarraos, otro me dió con un zapato en la nuca, otro me besó en el bolsillo derecho del chaleco, y otro me propinó seis bastonazos de afecto y adhesión inquebrantable, como la adhesión de los moretistas locales á su jefe supremo.

Después pronuncié un discurso... ¡qué discurso!

Al terminar resonó una ovación formidable, una de esas ovaciones que tan lacónicamente describen los del trúst, cuando nos hablan del bloque. Me tomaron en hombros, de un modo idéntico que al *Cinturas* cuando queda bien en una corrida. Después me tocó una banda de música el himno famoso de Rouget de l'Isle, más tarde me tocaron la matchicha y por fin el tango del cangrejo.

Yo estaba asombrado.

Un día sonó una trompeta, que á mí me pareció la trompeta apocalíptica.

Vallesteril, el gran genio, cayó estrepitosamente de su trono. Entraron en el poder los conservadores.

Los lagartos, serpientes de cascabel y dragones, quedaron heroicamente alrededor de su antiguo soberano. Algunos que parecían conejos resistieron.

Los conejos mestizos de liebres huyeron á la desbandada, buscando buena cama en otra madriguera.—Es un despota—gritaron—el rey ha muerto, viva el rey.

Las gentes sonreían, así como suele uno sonreirse de los peces de colores.

Entonces me dijo para mi colete:—¡Periquín, sus y á ellos!

Formé un partido.

El partido periquitista radical jacobino con vistas al vaticano y supresión total de los consumos.

Ahora cualquiera es pro-hombre. A los tres días tenía á mi disposición un partido con el que casi se pueden cubrir todas las plazas de temporeros en el Ayuntamiento. Fundamos un periódico. Se titulaba «La Consecuencia», que tuvo fatales consecuencias; me costó veintemil pesetas y una caja de puros.

Lo primero que hicieron mis correligionarios fué repartirse los destinos para ellos y sus familias.—No dejemos nada en manos profanas—me gritaba airado un entusiasta periquitista.

Otro me pedía el cargo de cura de la cárcel para un sobrino suyo, que se dedica ahora al cante flamenco.

—¡Eso no puede ser!

—¿Traición? ¡Usted no es periquitista!

—¿Diantre? ¿Quién dice que no soy Periquín?

—¿Yó?

—Que sí.

—Que nó.

Nos enredamos. Y he despertado dando alpargatazos al retrato de Lacierva que tengo pegado en la pared sobre la cabecera de mi cama.

Por eso me reía.

—Bueno; vete á limpiar las botas.

TORIBIO.

## DOS Y DOS, CUATRO

Ciertísimo. El semanario «La Huerta» ha suspendido su publicación. No necesitamos hacer alardes de sinceridad para decir que lo sentimos mucho... ¡Dejémosla descansar!

Pero sobre su tumba se alza «El Fantasma», una insignificante partícula del espíritu, ansioso de ultimar algún minúsculo asunto que dejó pendiente la materia.

Perdona, lector benigno, esta precisa digresión, y vamos, como vulgarmente se dice, al grano.

En su último número publicó dicho semanario un artículo titulado «Dos palabras», cuyas dos palabras estaban dirigidas al director de «La Iberia».

En ese diario mismo, apareció después otro escrito con el título «Por una sola vez», contestación, al parecer, al primero aquí referido.

No estaría mal lo que dice, empinándose y ahuecando la voz, si tuviera razón; pero ¡ah!... conocemos las artes del colega y su modo suave de escurrirse. Ciertamente que la opinión nos conoce á todos y por eso nos extraña más, que algunos, hipócritamente, pasen como la buena moneda.

«La Huerta» no calumnió á nadie, sépalo «La Iberia».

En el artículo «Dos palabras» se concretó un hecho. El director de «La Iberia» encareció de un compañero y amigo el favor de que le corrigie-

se diariamente su periódico á lo cual accedió este gustosísimo sin retribución ninguna.

Mientras tanto, el primero, solicitaba dirigir «La Huerta», pidiendo *sotto voce* el puesto que ocupaba el segundo. ¡Qué amistad más sincera, Benito! ¡Si se dice que eso es correcto, confesamos que hemos perdido la brújula!

De paso, queremos que sepa «La Época», (trinista fervorosa de última hora como los mozos de funeraria), por si candidamente lo ignora, que en esta bendita tierra aún quedaban oriolanos deseosos de meter su péñola en la pecadora «Huerta», echando un cuarto ó más cuartos á espadas contra la política, en Dolores, del señor Ruiz Valarino.

Y como el espacio es corto la historia es larga, dejamos algo para sucesivos números.

El hecho señalado es ciertísimo, no hay pues calumnia. La calumnia no es cosa que pasa impunemente en un periódico y por encima del Código.

Huelga pues la retahila que «se trae» «La Iberia». Sin caretas nos iremos entendiendo todos mejor.

EL FANTASMA.

## SOLILOQUIOS

Estoy, señores, que no me llegan las plumas al cuerpo. Mi preocupación es grande.

¿Por si cae Maura? ¿Por si Moret sube?

¡Cá... eso me tiene á mí sin cuidado! Yo no he comido ceniza nunca, aunque me esté mal el decirlo.

Maura caerá y subirá Moret. Después caerá Moret y subirá Maura, si no quiebra la combina. En resumidas cuentas, que con estas subidas y caídas no adelantamos un pa-

Ni cambia la decoración.

Ahora parece que la cuestión del canal ha partido en idem á los conservadores.

A mi plim.

Al único que parece se le tiene pánico es á Lerroux. No se concibe otra cosa á la vista de tanta cortapiza como se le opondrá para que vengan y abra el pico.

Pero nada de eso me preocupa tanto como el deseo de saber si mi humildísimo ser forma parte de la opinión general ó nó.

No se rían ustedes.

Aquí cada cual dispone á su antojo de la opinión de los demás.

Sale cualquier pelagatos, se siente prohombre, se siente sugestionador de las masas... grises, y desde aquel momento se ha quedado usted sin opinión. La opinión es del otro.

Y la opinión no dice ni osté ni moste.

Es decir, lo dice todo el otro.

—¡Necesito una breva!—exclaman, y es preciso dármela. Toda, todita la opinión es mia.

Y contesta el que tiene la breva.

—¡Ay, mi madre! ¡Si la opinión está en alma y cuerpo con este cura que ha de pudrir tierra.

Y la opinión se muere de risa... ¡y paga de paso una inacabable lista de impuestos.

Y todos ofrecen el oro y el moro.

¡Cuanto jabón de palo hace falta!

Lo cierto es que nadie sabe aquí, quien es el que tiene su opinión.

La cosa se pone fea. Ye he llegado á preguntarme. ¿Será posible que el ser... bueno, por no decir otra cosa, estorbe?

Punto

EL PAPAGAYO.

## ALETEOS

«La Época» (que habla con ella sólo) dedica una especie de responso á «La Huerta», cuyo responso lleva la marca y sello de la casa.

Alguna nota nos ha chocado y vamos á contestarla debidamente en el número próximo, dejándole ese cuidado á «El Fantasma».

A Cornelio el Grande se le va á poner agria la masa.

¡Reliendres!..., ¡reliendres! Vayan unas preguntitas.

¿La Unión Republicana era capdeponista?

«La Nueva era»... era en la nueva capdeponista?

«La Época», en su etapa primera, ¿era capdeponista?

Ahora no cabe duda, que el tal papel, está inflamado de un descomunal amor «patrio»-trinista.

—¡Que lástima!—dirán muchos demócratas—¡Que lástima, que no hubieran pensado de igual modo los que le pusieron el puente á los conservadores!

Pero ese amor de «La Época» (que habla con ella sólo) ha sido un tris.

¿Que le habrá «dao»?

Hay Dolores, que entran muy de repente; pero no son nada.

Cuestión de una cataplasma en el estómago.

¡Canario! En «La Iberia» tienen la pluma de acero y en «La Época» (que habla con ella sola) la tienen de diamante... ¡en bruto!

Hay chicos que no necesitan abuela. Esto, de no tener abuela, también es marca de fábrica.

Cuando terminen las obras que se estan llevando á cabo en el local que ocupa nuestra imprenta y organicemos definitivamente esta publicación, prometemos traernos á «La Cotorra», entre otras cosas, una sección interesantísima que se está preparando titulada: ¡Arriba el telón!

No pasará mucho tiempo sin que podamos cumplir nuestra promesa.

Mientras tanto ensayaremos algunas escenas.

Ya nos hemos enterado por «La Época» (que habla con ella sola) de que D. Ramón Mesples es un político archisuper.

Yo no digo ni que sí, ni que nó.  
Pero recordamos que «La Unión Republicana» no opinaba de la misma manera.  
¿Cual de los dos periódicos miente?

Contestando á «El Orden» días pasados «La Iberia», decía que aquél y «La Huerta» eran dignos el uno del otro.

Naturalmente. Hay cosas que no pueden negarse.

«La Iberia», por su parte, es digna amiga de «La Época».

Y vaya lo uno por lo otro.

¡Pobre Barcala!

UN RUEGO

Rogamos encarecidamente á los señores que no quieran favorecernos con su suscripción, de vuelvan este número á nuestro repartidor ó á la administración de este periódico.

LA CUARTA PLANA

Nos dispensarán nuestros anunciantes de cuarta plana no respondamos hoy al encargo que nos tienen hecho. La

circunstancia de estar ejecutándose algunas importantes obras de mejoramiento en el local ocupa esta imprenta y nuestro deseo de no demorar más la publicación de «La Cotorra» nos ha impedido últimamente algunos detalles, entre ellos la inserción de anuncios en dicha cuarta plana.

Salvados estos obstáculos haremos algunas mejoras en el periódico.

Imp. de L. Zerón. Orihuela.

201100102